

# DE LA CIMARRONERIA a la integración caribe

 Marcia Rivera

## Conflicto

**S**

i Salvador Dalí hubiera nacido y vivido en el Caribe, tal vez no hubiera sentido la necesidad de inventar un mundo mágico, donde lo excepcional y lo cotidiano se funden y disuelven sin saber dónde comienza uno y dónde termina el otro. Por-

que para este archipiélago de peldaños surgidos del fraccionamiento del Mar Caribe, surrealismo y cotidianeidad han sido casi intercambiables. Botín preciado de corsarios y piratas en la colonización europea, asentamiento de esclavos forzosamente traídos de la distante Africa, enclave azucarero de capitales foráneos, y paraíso hoy de pálidos turistas que adoran su sol y sus playas; el Caribe siempre ha servido los intereses de otros.

Contrario a las idílicas imágenes que nos lanzan los medios de comunicación, con exquisitas fotos de bellos paisajes, transparentes playas y hermosas caribes con cuerpos bronceados y sandungueros, la realidad del Caribe es dura y compleja. Desde la conquista europea, la historia de la región ha sido de violencia y fragmentación. Los colonizado-

res europeos no sólo conquistaron el territorio, sino que impusieron la esclavitud, la trata negrera y la jerarquía social. Más aun, las luchas entre metrópolis por controlar la región a lo largo de cinco siglos, convirtieron al Caribe en una verdadera frontera imperial. De hecho, hasta hace muy poco, se le consideraba como centro importante de los conflictos Este y Oeste, percepción que todavía en alguna medida prevalece.

Esta situación de permanente conflicto entre dominantes y dominados generó respuestas también violentas y una gran diversidad de formas de resistencia entre las poblaciones, como lo fueron las rebeliones de indios y esclavos, la cimarronería, la jaibería, y la lucha de clases, que han legado importantes elementos, contradictorios ciertamente, a la cultura popular caribe. Como bien dice Antonio Benítez Rojo<sup>1</sup>, el caribe siempre ha buscado huir hacia la libertad, hacia un espacio que se dibuja en la imaginación como el de la libertad. La búsqueda de la libertad, individual y colectiva, es ejemplarizada por el cimarrón, término utilizado primero para describir al indio sometido y luego al esclavo que huía del trabajo forzado en las plantaciones azucareras hacia la libertad, o hacia el palenque, su primer sentido de comunidad libre donde encontraba protección. La cimarronería es en el Caribe, como ha dicho Quintero Rivera<sup>2</sup>, herencia, utopía, base de la cultura de la contraplantación y germen de los nuevos movimientos sociales que aspiran a una mayor democratización de la sociedad.

El Caribe ha sido también lugar de encuentro; de encuentros entre razas, culturas y lenguas disímiles, lo que tantas veces ha generado conflictos no sólo entre las islas sino al interior de muchas de ellas. Baste pensar en Trinidad o Guyana donde las relaciones interétnicas han protagonizado más de una situación de manejo difícil, o en la tensión

que viven hoy los trabajadores haitianos en la República Dominicana y la discriminación que sufren los dominicanos en Puerto Rico.

## Diversidad

Los encuentros difíciles en el Caribe no sólo fueron entre europeos con amerindios y africanos. Es importante recordar que África era y es un continente tan vasto o diverso como la misma Europa; de ahí que resulte necesario reconocer el impacto de la diversidad cultural y lingüística de los esclavos que fueron traídos desde diferentes puntos de África al Caribe<sup>3</sup>. Por eso cuando decimos que en el Caribe hay *diversidad*, tenemos que escribirlo resaltado. La diversidad de origen lingüístico de sus poblaciones, por ejemplo, es extraordinaria, por lo que la lucha por hacerse entender y comunicar en el Caribe ha sido verdaderamente ejemplar. Todavía persisten frases que dan cuenta de ello; por ejemplo, en Puerto Rico decimos “ellos son blancos y se entienden”, en obvia referencia a las dificultades que había para entender a los de origen africano que hablaban lenguas diversas. Curiosamente, y como muestra de la fuerza cultural antillana, las lenguas populares que fueron surgiendo de la amalgama cultural caribe se recuperan hoy con gran avidez. Casimir en su excelente libro reciente, *Le Caraïbe, une et divisible*, nos recuerda que en Haití el creole ha ganado un extraordinario espacio y que en Martinica, Guadalupe, Guyana Dominicana y Santa Lucía también ha hecho entrada significativa en el mundo político. Los trabajos en la Cámara de Representantes en las Antillas Holandesas, añade, se conducen en papiamento, y el español puertorriqueño, les digo a ustedes hoy, con sus sabrosas expresiones africanas –mofongo, mondongo, quinbombó, funche–, se afirma fuertemente deteniendo los reiterados intentos del poder norteamericano de reque-

rir el inglés como idioma de gestión gubernamental en su colonia, Puerto Rico. Esta diversidad lingüística, que sin duda es parte de la riqueza cultural del Caribe, plantea también problemas de fragmentación, ya que en una región relativamente pequeña se habla español, inglés, francés, holandés, cada uno con sus particulares acentos y modismos, además de diversas formas de creole, incluyendo el papiamentu.

Tal vez lo que más impacta del Caribe, es que de esa amalgama de gentes y culturas diversas, hayan surgido históricamente procesos que buscan tejer una identidad común en medio del fraccionamiento. La historia compartida de la esclavitud y el azúcar parecen haber servido de pegamento a un sentido de identidad Caribe que con fuerza se expresa en muchos órdenes de la vida, pero muy claramente en la cultura, la música, la estética, las creencias mágico-religiosas y en las formas de ver el mundo. Aun cuando las últimas décadas han visto una proliferación de investigaciones en torno al legado de la esclavitud y la plantación en la región, todavía queda mucho por conocer de la vida de los cimarrones, de sus fugas, de sus huídas a otras islas, sus vinculaciones con las luchas independentistas de la región, los entrecruces con indígenas, piratas, corsarios o contrabandistas, que han impregnado un sabor particular, complejo y contradictorio a la historia de la región y parecen estar en la base de un sentido de identidad caribe.

## Identidad e integración

**Q**uizás porque efectivamente ha existido algo que se reconoce como un sentido de identidad caribe, es que se ha ido manejando a lo largo de muchos años la idea de la integración de la región. El discurso

integracionista caribe ha tenido muchos exponentes y defensores en distintos niveles y momentos en el conjunto de países. Hostos, Betances, Martí, Luperón, para nombrar sólo algunos de los más conocidos, dedicaron los mayores esfuerzos de sus vidas a evitar la anexión de las Antillas a los Estados Unidos y a fomentar la integración entre éstas.

Cien años después de éstos, el tema de la integración sigue vigente, y se hace presente en reuniones de académicos, líderes políticos de la región y activistas de base. No pasa una semana sin que las principales revistas o diarios que dan cuenta de asuntos caribes traten el tema. Los recientes procesos de globalización económica, el problema de la deuda externa, la política de ajustes estructurales y la percepción de que el mundo se está fusionando en grandes bloques de poder económico, han inducido un crecimiento del sentido integracionista en la región. La crisis y el temor parecen constituir los nuevos elementos adhesivos y cohesivos del Caribe, como en su momento fueron la esclavitud y la cimarronería. En todo caso, estamos siendo testigos de que en el Caribe va surgiendo un nuevo sentido de lucha compartida y de respuestas colectivas a los problemas similares que enfrenta hoy la región. El creciente acceso a medios de comunicación y a información parece estar posibilitando la creación de nuevas solidaridades entre emergentes movimientos sociales del Caribe. Por ejemplo, se están dando intercambios frecuentes entre integrantes de movimientos por la paz, los derechos humanos, el medio ambiente, la situación de los jóvenes, las mujeres, e intensos intercambios en el ámbito de la música, las artes, la literatura. La integración podría tener posibilidades si son estos nuevos códigos y razonamientos los que la impulsan.

Pero también somos testigos de que muchos —sobre todo funcionarios internacionales, tecnócratas y políticos—, buscan mecánicamente en la integración una forma rápida de aminorar el deterioro de las economías de los países de la región. Estos hablan de acelerar los procesos de organismos intracaribes de cooperación e intercambio económico, a fin de explorar acuerdos de salida a la crisis. Aunque esto es importante hacerlo, vista de esta forma, la integración sería solo una formalidad más, contra la cual el espíritu cimarrón de la región seguramente se lanzaría. Advertiría, pues, tener cautela y desmenuzar el debate en torno a las propuestas de integración caribe en sus elementos centrales. Los esquemas de integración pueden ser enormemente variados y no necesariamente asegurar buenos resultados para todos los sectores de las sociedades caribes. Y como hemos venido insistiendo, el Caribe se ha caracterizado por ser zona de fuertes conflictos y no es precisamente más de esto lo que se necesita. Lo que precisamos en el Caribe es un nuevo proceso de concertación social, al interior de cada país y entre los países todos. Sin ese nuevo pacto social no podrá haber integración efectiva. Apechar la historia, rescatando los elementos positivos que pudieran servir de base a un nuevo proyecto económico, político y social, es la tarea más urgente que en el Caribe tenemos.

## Lo económico

**M**uchas lecturas ciertamente pueden hacerse, del legado de la monoproducción azucarera y el colonialismo en el Caribe. Algunas, las hemos comentado ya y otras vale resaltarlas:

1. **Las relaciones sociales, económicas y políticas de los países caribes han sido**

**siempre más intensas con los países que ostentaban el poder sobre las colonias, limitándose el intercambio y las relaciones intracaribes.**

Este hecho, significativo por demás, apunta a una realidad contundente: el intercambio y las relaciones entre los países del Caribe fueron producto de la iniciativa de sus poblaciones marginales, es decir, de la cimarronería y de las emigraciones de sectores de la clase trabajadora, más que de políticas dirigidas a fomentar el intercambio entre las islas. El hecho de que las relaciones políticas fueran prioritariamente con poderes europeos o, en el caso de Puerto Rico e Islas Vírgenes, con Estados Unidos, significó que los sistemas políticos caribes hayan sido copiados de las metrópolis, por lo que existe hoy una enorme diversidad de formas de gobierno, que también dificulta lograr una base de uniformidad en el terreno político. En el Caribe hay países soberanos o independientes, hay Departamentos de Ultramar, un Estado Libre Asociado, y otros que continúan como colonias clásicas<sup>4</sup>. Ha habido dictadores, democracias funcionales, gobiernos socialistas, golpes de Estado, gobiernos militares, de todo, como en las atiborradas boticas que sirven de escenario a la religiosidad y la magia caribe. Estas diferencias y desigualdades en los niveles de organización y participación política constituyen también limitaciones para los proyectos integracionistas y han sido en alguna medida responsables de las dificultades que ha confrontado el Caricom, la única asociación formal de cooperación política y económica de la región. Construir voluntad política para un proyecto integracionista no es fácil, dadas estas experiencias históricas y las presiones que tienen los gobiernos hoy para atemperar sus políticas a las demandas de las organizaciones financieras internacionales, como el Banco Mundial, la AID o el CIDA. La integra-

ción no es en definitiva una prioridad de estas agencias sino lograr "reformas orientadas al mercado"<sup>5</sup>.

2. **El Caribe fue orientado siempre a consumir lo que no produce y producir lo que no consume, ya que las determinaciones básicas de manejo económico, se han decidido fuera de la región.**

La existencia de diversos poderes metropolitanos que dictaban las pautas de producción en los países caribes significó no dar atención a posibles intercambios o eslabonamientos económicos entre las islas. Aprendimos a priorizar en la búsqueda de dádivas de las grandes potencias colonialistas, más que a pensarnos como región con enorme potencial en la colaboración. Para tomar

un ejemplo bien sencillo: no hay comunicación directa por vía marítima entre la mayoría de las islas, ni para pasajeros ni para productos. Miami es el punto de contacto y comunicación entre las islas. Por ello, cualquier estrategia para promover la integra-

---

**El Caribe ha sido también lugar de encuentro; de encuentros entre razas, culturas y lenguas disímiles, lo que tantas veces ha generado conflictos no sólo entre las islas sino al interior de muchas de ellas.**

---

ción tiene que enfrentarse a la fragmentación de las comunicaciones y de las economías caribes como hecho histórico. Además, en el Caribe se nos ha enseñado a valorar más lo que viene de Estados Unidos, Canadá, Europa, que lo que viene de otras islas aledañas. El efecto psicológico de orientar el consumo hacia productos de las metrópolis, es hoy una limitante a la integración regional. Desarrollar sentido de orgullo en cada país y

de la región en su conjunto sería un paso previo al impulso a la integración.

3. **El Caribe, como conjunto, se enfrenta a un serio estancamiento económico y a una crisis de reinserción en la economía mundial.**

Bastan algunos ejemplos para constatar la gravedad de la situación actual. Según los informes de fin de año de Cepal, durante 1990 la recesión fue la nota común en los países del Caribe. Jamaica redujo su crecimiento a sólo 2.0% luego de que en 1989 fuera 6.3%; Barbados revirtió su crecimiento a una tasa de -3.0%; Haití y República Dominicana también mostraron señales negati-

vas, decreció en 2% la primera y en 4% la segunda; Trinidad logró detener seis años de continuas caídas con un modesto incremento de 0.5%; Cuba que estuvo afectada por la virtual desaparición del comercio con los países de Europa del Este y las di-

ficultades en la Unión Soviética, sólo logró un crecimiento del 1%<sup>6</sup>. Este deterioro, obviamente ha impactado a los sectores populares de forma más dramática y en prácticamente todas las islas, incluyendo a Puerto Rico, se han desatado fuertes procesos de cuestionamiento a las políticas económicas gubernamentales. No pasa un día sin que veamos algunas noticias de esta situación en Haití, República Dominicana o Jamaica.

4. En medio de la crisis que la región vive, los sectores populares buscan sobrevivir y apoyarse en formas de intercambio y convivencia colectiva, formulando muchas veces nuevos esquemas de compartir que pudieran ser el inicio de una nueva cultura integracionista, democrática y solidaria.

La dramática contracción económica del Caribe ha generado una nueva modalidad de la cimarronería decimonónica, el llamado sector informal, que en el Caribe tiene su eje en la compra y venta de mercancías entre las islas. Los jamaíquinos comercian con Haití y Guyana, los guyaneses con Trinidad y Barbados, los residentes de las islas de Sotavento van a comprar a Martinica, los haitianos y dominicanos se abastecen de plásticos en Puerto Rico y venden allí sus artesanías, y así se hace un gigantesco círculo de integración natural. En esta actividad, los caribes se familiarizan con otras lenguas, aprenden códigos nacionales diferentes, manejan dinero de distintas denominaciones y valor, comparan sus propias visiones de mundo con la de otros pueblos, y en general se crecen como personas. La experiencia de este tipo de trabajo, aunque dura, arriesgada e inestable, tiene raíces naturales en la cimarronería y ha ido contribuyendo a fortalecer un sentido de identidad que rebasa los límites de una sola isla. De este intercambio han surgido cooperativas de producción y mercadeo, como la de mujeres comerciantes de Dominica, proyectos de autogestión o generación de ingresos y una enorme cantidad de organismos no-gubernamentales y de desarrollo local que buscan una acción concreta y rápida para satisfacer las necesidades de la gente, una mayor eficiencia que la que pueden proveer los gobiernos y un menor costo que la empresa multinacional.

Sin embargo, estos procesos todavía son poco reconocidos como alternativas potenciales desde dónde estimular las economías y la integración por los sectores empresariales y gubernamentales. El éxito relativo de estas iniciativas (de las cuales podríamos dar numerosos ejemplos)<sup>7</sup> descansa en su capacidad de responder a las necesidades inmediatas de la población, promover la participación ciudadana, desarrollar la autoestima y valía de la gente, permitir una incorporación de mujeres a trabajos poco tradicionales y sensibilizar la población hacia las posibilidades de redefinir el terreno de la política. En un contexto donde las estructuras tradicionales del terreno de la política, es decir, los partidos y los sindicatos han sido cuestionados por no haber logrado reestructurar su accionar para atemperarse a las nuevas necesidades, estos nuevos movimientos sociales bien pudieran ser la base de nuevos proyectos económicos y políticos.

5. El Caribe siempre ha tenido que enfrentar el interés de Estados Unidos por adquirir derechos sobre algunas de las Antillas. Las islas caribes han sido percibidas como la “extensión”, o “patio” del gran territorio estadounidense.

A lo largo del siglo XIX hubo numerosas propuestas por parte de Estados Unidos para comprar diversos territorios del Caribe, como la Bahía de Samaná en la República Dominicana, Culebra y Culebrita de Puerto Rico y para anexionar a las tres Antillas Mayores. Este interés respondía a una visión generalizada en Estados Unidos de que siendo ese un país grande y con cuantiosos recursos económicos, era natural que se convirtiera en el eje de la región. Para esos años, se popularizó en Estados Unidos la teoría del “destino manifiesto”, es decir, que el propio destino indicaba la necesidad de expandir fronteras hacia el Caribe.

En 1860, por ejemplo, el congresista norteamericano James Toombs manifestaba, con motivo de su proyecto para comprar la isla de Cuba: *“La única cuestión de política extranjera digna de ser considerada por los estadistas norteamericanos es el imperio tropical que se extiende a nuestros pies... y el declarar que el objeto de nuestra política es colocar ese imperio bajo nuestra bandera, tan pronto como podamos”*.

Este interés histórico de Estados Unidos por el Caribe continúa presente y se ha hecho patente en numerosos procesos políticos y económicos lamentables, como han sido las ocupaciones e invasiones militares a varios países de la región. La desconfianza hacia Estados Unidos y hacia los proyectos que éste pueda proponer al Caribe, es un hecho en muchos sectores de las sociedades caribes. Incluso las propuestas de la última década, como la Iniciativa de la Cuenca del Caribe no han logrado disipar esas dudas, y por el contrario, levantan cada día más escepticismo entre la población porque no han logrado los beneficios económicos esperados<sup>8</sup>. Muchos argumentan que lejos de ayudar a la región del Caribe, la Iniciativa ha permitido una expansión de las exportaciones de Estados Unidos hacia la región sustentando este argumento con datos como éste: mientras que las exportaciones del Caribe a EE.UU. cayeron en 5.2% en el período de 1984-1989, las compras del Caribe a Estados Unidos aumentaron en 6.4%. Consecuentemente con esto, encontramos que por tercer año consecutivo, la economía norteamericana registró en el 89 un superávit comercial con el Caribe de 1.5 billones, una de las pocas regiones del mundo donde las exportaciones de Estados Unidos son mayores que las importaciones<sup>9</sup>.

Otro ejemplo de situaciones conflictivas que la Iniciativa ha generado es la proliferación de zonas

francas que están compitiendo con empresas que llevaban mucho tiempo en la región pagando salarios más altos. Es decir, que muchas evaluaciones sobre los efectos de la Iniciativa de la Cuenca del Caribe y de las políticas de ajuste estructural, coinciden en señalar que éstas no han logrado revitalizar estas economías. Y además, las últimas han incidido marcadamente sobre los sectores populares, haciéndoles cada vez difícil a éstos alcanzar niveles mínimos de nutrición, salud, vivienda y educación<sup>10</sup>.

6. **Es posible pensar un proyecto de integración caribe enraizado en la propia historia de la región que, partiendo del reconocimiento a las dificultades que ello conlleva, pueda identificar los actores sociales que pudieran darle impulso.**

Para ello, será preciso primeramente concebir la integración como un proceso y no como un acto mecánico y pensar estrategias para promover la interacción entre los países de la región. Servir de punto focal para promover la interacción caribe, a mi modo de ver, pudiera estar en lugar central en la agenda colectiva si queremos seriamente pensar al Caribe como un todo. En esa agenda valdría la pena tener en cuenta los siguientes asuntos:

- a) La integración tiene que ser un proceso a partir del reconocimiento pleno de la soberanía de las partes que habrán de integrarse. Esto ha quedado meridianamente claro en el caso de Europa, donde la cuestión nacional ha sido el motor de los recientes cambios. El proceso sólo se puso en marcha cuando hubo cabal reconocimiento de la igualdad política y jurídica entre los países que habrían de integrar la nueva Europa. En el caso del Caribe eso significa dilucidar de una vez y por siempre las relaciones coloniales que aún persisten en la región;

b) La integración requerirá un reconocimiento de la existencia de sectores sociales con distintos intereses y la necesidad de concertar y negociar, para poder construir un nuevo pacto social y un nuevo proyecto regional que cuente con el endoso y entusiasmo de todas las partes. Hasta ahora, hemos visto que el debate de la integración recorre por vías paralelas, sin encontrarse. Será necesario reconocer sin ambages la existencia de ese tercer sector dinámico incipiente y apoyarlo con programas y recursos, sin intentar su cooptación y desnaturalización, a fin de que pueda ser una fuerza matriz del proceso integracionista. Las formas tradicionales de organización –partidos, sindicatos y movimientos étnicos– han tenido históricamente sólo un referente nacional, mientras que los nuevos movimientos que van surgiendo, tienen expresiones y nexos internacionales, tal como los tenían los cimarrones. Esto puede apoyar enormemente los esfuerzos encaminados a la integración regional;

c) Un proyecto integracionista requerirá ir desarrollando una nueva cultura, que se enfrente a los patrones autoritarios tradicionales de muchos de nuestros países, y que promueva la democracia y la participación como sus elementos centrales de todos los órdenes de la vida pública y privada. Los valores claves de esa nueva cultura integracionista bien pudieran ser la reciprocidad, la afinidad y la complementariedad, para lo cual necesitamos contraponerlos a la competencia, la desigualdad y chauvinismo nacional que todavía persisten en muchos sectores.

d) Como paso previo a la integración será necesario fortalecer las instancias regionales ya existentes, comenzando con Caricom, a la que todos los gobiernos de la región deben dar el mayor apoyo. Mientras persista la política y el interés en hacer acuerdos bilaterales de cada país con Estados Unidos, por ejemplo, va a ser difícil cuajar el espíritu de negociación ampliada regional;

e) El sector privado puede contribuir enormemente a la identificación de actividades económicas que fortalezcan la inversión y el comercio intracaribe. Hay mucho trecho que recorrer en este camino, empezando por enfrentarnos al problema básico de la comunicación. Existe suficiente capacidad técnica y empresarial en el Caribe

para emprender un proyecto integracionista pero hay necesidad de reforzarlo con voluntad política a esos efectos;

f) Para lograr poner en marcha un proceso integracionista en el Caribe

será necesario impulsar un cambio en la dirección de la política asistencial norteamericana hacia la región. El foco de la ayuda de los últimos años ha sido de tipo bilateral, poniendo a los países en competencia entre sí y desalentando la construcción de redes regionales. Promoviendo el apoyo a instancias como el Banco de Desarrollo Caribeño o el Banco Interamericano, que permitan tener fuentes de financiamiento para proyectos de desarrollo, tanto de los gobier-

---

**La integración tiene que ser un  
proceso a partir del reconocimiento  
pleno de la soberanía de las partes  
que habrán de integrarse.**

---



*“La cuarta parte de América” de Teodoro Bry (Frankfurt 1594), representación de los nativos de Guanahaní (Isla de San Salvador) ofreciendo oro y joyas al Almirante Cristóbal Colón. Cortesía de la Biblioteca del Congreso.*

nos como del tercer sector (autogestión, cooperativas, etc.), se fortalecerá el proceso regional;

g) Los sectores académicos también pueden hacer una aportación importante al entendimiento de esta región. Para este foro, releí y me emocioné mucho con los escritos de Hostos, Betances y Martí sobre el Caribe, y me preguntaba cuánto realmente los conocen nuestros formuladores de

política pública o nuestros estudiantes. Rescatar y conocer la historia común e investigar la enorme cantidad de lagunas de conocimiento que todavía tenemos, es tarea necesaria para un proceso de integración realista. Es increíble que todavía en el Caribe no tengamos programas graduados de antropología y que las ciencias sociales continúen tan parceladas. La academia caribe tiene que enfrentarse a su propia fragmentación y disper-

sión en aras a contribuir a pensar un nuevo proyecto social para el futuro de la región.

Bob Marley y los salseros puertorriqueños están diciendo lo mismo que Hostos, Betances y Martí; la cultura popular caribe recoge de manera extraordinaria tanto la utopía cimarrona como la integracionista. ¡Complejo y tan contradictorio!, como el mismo Caribe. Han pasado más de

cien años entre unos y otros y todavía seguimos pensando en el Caribe como uno solo, quizás porque aunque hablemos diferentes lenguas y seamos de colores distintos, nuestra experiencia histórica es tan similar. Por eso ponemos tanto énfasis en que las nuevas ideas y debates en torno a la integración necesitan también recuperar la historia como fundamento, como glucosa, ese sabroso y pegajoso producto de la caribeñidad que nos une.

## NOTAS

<sup>1</sup> *La isla que se repite: el Caribe y la perspectiva posmoderna*. Ediciones del Norte, EE.UU., 1989, pp. 287-297.

<sup>2</sup> QUINTERO RIVERA, Angel G. *La cimarronería como herencia y utopía*, en *David y Goliath*, Revista el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, número especial: Reclamando utopías, 1984.

<sup>3</sup> Ver CASIMIR, Jean. *La Caraïbe, Une et Divisible*, Editions Henri Deschamps, Port-au-Prince, Haití, 1991.

<sup>4</sup> GIRVAN, Norman P. *Reflections on Regional Integration and Disintegration*, en Judith Wedderburn, ed. *Integration and Participatory Development*, Association of Caribbean Economists, Jamaica, 1990.

<sup>5</sup> GIRVAN, Norman P. *Integración, ¿retórica o realidad?*, en Pensamiento Propio, Revista de Cries, Managua, agosto de 1991.

<sup>6</sup> Comisión Económica para América Latina y el Caribe. *Notas sobre la Economía y el Desarrollo*, No. 500, diciembre de 1990, Santiago, Chile.

<sup>7</sup> Carmen Diana. *Deere et al, In the Shadows of the Sun*, op. cit., capítulo 4, "Structural Adjustments and the Quest for

Participation". También ver David Lewis, "Non-Governmental Organizations and Alternative Strategies: Bridging the Development Gap Between Central America and the Caribbean" en Judith Wedderburn, ed., *Integration and Participatory Development*, op. cit.

<sup>8</sup> Sobre este punto hay muchísimos trabajos que cuestionan el éxito o beneficio que ha significado la Iniciativa. Ver Joan French, *Hope and Disillusion, The CBI in Jamaica*, ADA, Kingston, 1990; Carmen Diana Deere et al, *In the Shadows of the Sun*, Caribbean Development and US Policy, Westview Press, San Francisco, 1990; Deere y Edwin Meléndez, "US Trade Policy and Economic Recovery, Sorting Out the Contradictions", trabajo presentado

en ICS/ILA Caribbean Studies Conference, *Alternatives for the 1990s*, Londres, 9-11 de enero, 1991.

<sup>9</sup> Deere y Edwin Meléndez, "US Trade Policy and Economic Recovery, op. cit. p. 15.

<sup>10</sup> Este punto se discute a fondo en el capítulo 8, "Out of the Shadow: Alternative US Policies Toward the Caribbean" en Carmen Diana Deere et al, *In the Shadows of the Sun*, op. cit.